

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 193. — La reorganización del ejército, por B. pág. 196 — Enseñanzas técnicas deducidas de la guerra hispano americana, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería; pág. 199. — La cuestión del desarme (conclusión), por don Francisco Rodríguez Landeyra, capitán de Infantería; pág. 203. — Sección Bibliográfica: Cuerpos de prácticos del ejército, por don Antonio Martín Torrente, capitán de Artillería. — El municionamiento de la infantería en el combate moderno, por don Eduardo Gallego Ramos, capitán de Ingenieros. — Ligera idea de las campañas sostenidas en Mindanao durante la dominación española, por el mismo autor; pág. 207.

Pliegos 59 y 60 del tomo II del DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO; pliegos 15 y 16. Traducción y ampliación, por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRONICA GENERAL

LA CONFERENCIA DE LA HAYA. — DIFICULTAD DE PREVER SUS RESULTADOS PRÁCTICOS. — UNA HISTORIA FUTURA. — COMO SE FORMA LA BOLA DE NIEVE. — LAS FRASES DE SIEMPRE. — LO QUE DICE LA DIPLOMACIA. — LO QUE SUCEDE EN REALIDAD. — SIN COMENTARIOS.

En alguna de las pasadas crónicas, al hablar de la conferencia sobre el desarme que actualmente está reunida en La Haya, dijimos que trataríamos más adelante de este importante asunto; y, a la verdad, nos pesa el haber hecho tal indicación, porque nadie es capaz de afirmar nada concreto sobre los resultados prácticos de dicha reunión diplomática.

La conferencia tiene que ponerse de acuerdo sobre cuatro asuntos primordiales: 1.º evitar, en lo posible, la crueldad inútil en la guerra; 2.º proscribir el empleo de ciertos progresos técnicos, como son los globos *activos*, considerados como máquinas de destrucción, los torpederos submarinos, etc., etc.; 3.º poner coto á los gastos militares, haciendo que no aumenten los efectivos y si es posible que disminuyan por medio de un desarme convenido y aceptado por las potencias; y 4.º tratar de la constitución de un tribunal arbitral, que evite ó dificulte las guerras.

El primer punto es, una continuación del programa de Ginebra. Saludemos la Cruz Roja de la convención, aplaudamos sus buenos propósitos, y observemos con atención las balas de los ingleses, adheridos al convenio ginebrino, á la declaración de San Petersburgo, y á todo lo que se acuerde, convenga ó declare más tarde: ellos, de todas maneras, han de seguir haciendo lo que les dé la gana...

Los otros tres puntos se reducen á lo siguiente: *Los estados acuerdan*: En adelante seremos buenos muchachos, no empleando en las pedreas, chinás pesadas, sino dulces sabrosos; el que tenga más puños hará el papel de manso cordero, y dejará que los tiernos y débiles infantes le quiten los confites del bolsillo; no se permitirán malas compañías ni bandos de moros y cristianos; la vida se deslizará tranquila, jugando al corro internacional.

Ahora bien, ¿tendrá efecto este acuerdo? He aquí una cosa que nosotros, que no poseemos el don, que tantos poseen, de leer lo porvenir, no podemos afirmar. Y como en esto, en lo porvenir, está el *quid* del problema, tendríamos que poner punto final á estas consideraciones, si la casualidad no hubiera hecho caer en nuestras manos retazos de periódicos del año 1909; de cuyos retazos nos permitimos copiar los siguientes telegramas (sin hilos), que arrojan alguna luz sobre el particular:

« Londres, 20 de Enero.—7,30 noche.

Reina espantoso temporal en el Canal de la Mancha. Desde ayer estamos incomunicados con el continente, no habiendo podido atrevesar el estrecho el poderoso *steamer* BRITANNIA, á pesar de que sus poderosas máquinas le permiten recorrer las veinte millas en 40 minutos, en tiempo ordinario.

Londres, 20 de Enero.—10,40 noche.

Ha llamado poderosamente la atención un hecho insignificante. Un extranjero ha dejado, casual ó intencionadamente, sobre una mesa del *Pall Mall Restaurant* (Regent street, 14) un número de *L'Independence Belge*, correspondiente al día de hoy. Se ignora cual es el buque atrevido que ha pasado el Canal, creyéndose que un valeroso *yachtman* es el que ha forzado el paso, sin duda para ganar una apuesta. En el referido periódico, cuya competencia en los asuntos internacionales es bien conocida, se hacen veladas alusiones á la cuestión pendiente entre Inglaterra y el Japón, á propósito de la posesión de la isla china de *Liang-Chu*, situada cerca de Hong-Kong.

Londres, 21 de Enero.—2,30 tarde.

Contestando lord Robertson, en la Cámara de los lores, á una pregunta de lord Scott, ha declarado que el gobierno del rey Alberto no cree que el del Mikado haya ordenado la ocupación de Liang-Chu. La presencia de los japoneses en esa isla, ha añadido, anularía la importancia estratégica de Hong-Kong; y si la ocupación se hubiera llevado á cabo, Inglaterra sabría cumplir con su deber. La Cámara ha recibido con grandes aplausos la declaración del jefe del gobierno.

Londres, 2 de Febrero.—7,15 noche.

Se están haciendo grandes preparativos para la revista naval que el rey Alberto ha de pasar en Portsmouth. La rada de Spithead está materialmente cuajada de acorazados. La escuadra del Mediterráneo ha fondeado hoy en ella, y puede decirse que los mejores buques de guerra ingleses están reunidos al abrigo de la isla de Wight.

Londres, 7 de Febrero.—9,30 mañana

La persistencia del Japón en negarse á evacuar la isla de Liang-Chu, tiene preocupado al *Foreign Office*. El estado de relaciones con el gobierno del Mikado es cada vez más tirante, y ha venido á agravarlo un incidente casual. En el baile dado anteayer en el palacio imperial del Japón, nuestro embajador pisó, inadvertidamente, un pie al ministro japonés de negocios extranjeros. Al pedir el primero al segundo perdón por su falta, ha contestado éste: « La cosa no tie-

ne la menor importancia y admito cordialmente vuestras excusas, *porque* creo que al causarme esa molestia no obrabais en representación de vuestro país » (textual).

Londres, 8 de Febrero.—11,20 mañana.

El *Times* publica un violento artículo contra el Japón. Dice que Inglaterra obligará a arriar el pabellón del círculo rojo de la isla de Liang-Chu, aunque el Mikado cuente quizás con el apoyo secreto de alguna potencia; y añade, que hace bien el ministro japonés en suponer que no es la Gran Bretaña la que ha pisado su callo. Inglaterra, continúa el periódico, aplastará, no el pie, sino la cabeza del que se oponga a sus gloriosos destinos.

Londres, 15 de Febrero.—3,40 tarde.

Se ha realizado la revista naval. El rey Alberto ha visitado los principales buques de las escuadras reunidas. A bordo del *Albert Edward* se ha dado un gran banquete, en el que el rey ha manifestado que la influencia inglesa existe preponderante en todos los continentes. La escuadra que he revistado, ha dicho, es, por su poder colosal, la más firme garantía de nuestra supremacía; el genio inglés brilla en todas las esferas de la actividad humana. Jamás ningún otro grande imperio, se ha asentado sobre cimientos más sólidos y estables.

La revista se ha verificado sin que el menor incidente turbare la hermosura de la fiesta; pues únicamente, mientras se celebraba el banquete, al *Albert Edward* se le han roto las cadenas del ancla, marchando un rato a la deriva, impelido por la brisa, hasta que se han fondeado otras anclas.

Londres, 14 de Marzo.—8,30 noche.

En el *Foreign Office* ha caído como una bomba la noticia de que el Japón se niega a someter al arbitraje internacional el asunto relativo a la isla de Liang-Chu. Inglaterra esperaba fundadamente que las potencias fallarían el pleito a su favor. Pero el Japón no se aviene a seguir los planes ingleses, manifestando que la ocupación de Liang-Chu es asunto privativo de China y el Japón, que es ya un hecho consumado, y que no existe cuestión alguna con Inglaterra, no habiendo, pues, lugar al arbitraje.

Madrid, 18 de Marzo.—2,20 tarde.

Se ha celebrado el acostumbrado consejo de ministros, bajo la presidencia de Don Alfonso. El presidente del consejo, señor López, al examinar la situación exterior, ha dicho que no hay que pensar en que se turbe la paz. El Japón, convencido de que las potencias están contra él—ha afirmado—cederá ante las amenazas veladas que encierra la nota colectiva que se le ha enviado. Todos los ministros han estado conformes, hablando con los periodistas, que su jefe ha estado muy elocuente en su discurso, demostrando sus indiscutibles dotes de hombre de gobierno y de diplomático perspicaz.

Londres, 22 de Marzo.—11,20 mañana.

El Japón ha contestado al enérgico y terminante *ultimatum* de nuestro gobierno manifestando que, firme en su derecho, espera tranquilo y resignado los

acontecimientos. Es, pues, un hecho, que Inglaterra apelará á la fuerza para arrojar á los soldados japoneses de Liang-Chu. Todos los periódicos piden que se castigue al audaz que se opone á la marcha civilizadora de Inglaterra... Que desaparezca del mapa, dice *The Standard*, ese estúpido imperio amarillo.

Londres, 28 de Marzo.—9,30 mañana.

La declaración de guerra es un hecho. Inglaterra la ha comunicado hoy á las potencias. Se cree que antes de ocho días saldrá para el Japón, la escuadra más formidable que hasta el presente ha podido cruzar los mares.

Londres, 9 de Abril.—11,30 mañana.

Acaba de recibirse la confirmación oficial de una noticia horrible. Esta mañana, á poco de haber las escuadras abandonado la rada de Spithead, con rumbo al Japón, se ha notado una enorme vía de agua en el grandioso acorazado de 16,000 toneladas *Albert Edward*. Las bombas han sido impotentes para achicar los muchos compartimientos del buque completamente inundados. La tripulación acababa de abandonar el buque, cuando se ha visto con espanto, que, unos tras otros, todos los navíos se hallaban en el mismo estado. En poco más de una hora, más de 80 buques de guerra se han ido á pique, salvándose milagrosamente las tripulaciones.

Reina en todos los puertos ingleses horrible pánico.

Se reciben á cada paso noticias estupendas, imposibles de transmitir. Se ignora lo que harán las potencias. »

Por la copia.

NIEMAND.

1.º de Julio de 1899.

LA REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

IV

Buscar un sistema de ascensos que satisfaga por completo las aspiraciones de los individuos y de las colectividades, es lo mismo que empeñarse en descubrir el movimiento continuo; éste es un imposible físico, y aquél un imposible moral. Pero como, al fin y al cabo, hay que atender preferentemente á los intereses colectivos, es preciso sacrificar los individuales, é impedir que avancen los ineptos. En realidad sólo existen dos procedimientos esenciales para obtener el ascenso: la elección y la antigüedad; no pretendemos discutirlos, porque los argumentos en pro y en contra de cada uno de ellos se han repetido hasta la saciedad. Ninguno satisface en absoluto, y lo lógico es buscar una combinación que, en lo posible, reúna las ventajas de ambos intereses y aparte los inconvenientes. En España, á pesar de lo mucho que el asunto ha preocupado, no se ha sabido, ó no se ha querido, hallar una solución aceptable.

El inconveniente gravísimo del sistema de elección consiste en que, en la generalidad de los casos, lo que menos influye son las condiciones del elegido. Son raros los que saben conocer á fondo á los hombres y juzgar debidamente

sus aptitudes; por otra parte, casi siempre se aprecian más cualidades brillantes y poco sólidas, que otras profundas, pero poco aparentes. Casi siempre gustan más al superior los caracteres flexibles que los enérgicos; resultando, así, que en la mayoría de los casos los favorecidos lo son más por sus condiciones agradables que por sus verdaderas aptitudes. Y esto es lo menos que puede suceder, porque, por lo común, ascenso por elección equivale á ascenso por *adulación* ó *por intriga*, en el cual para nada influyen las condiciones del elegido, y sólo se tienen en cuenta las recomendaciones. No se crea que esto sucede sólo en España, en donde ya en 1866 se suprimieron los turnos de elección para el ascenso: los hombres tienen en todos los países las mismas pasiones, y no es de extrañar que un periódico militar francés dijera no ha mucho lo que sigue: «Jamás ha sido menos protegido que hoy el oficial modesto y sin apoyo. Las autoridades ven el mal; pero son impotentes para prevenirlo, y, ahogadas por los terribles lazos de las recomendaciones, se ven obligadas, contra sus deseos, á cometer injusticias, de las que se consuelan haciendo cada cual que se cometan en beneficio propio. No hay regimiento en que no se señalen oficiales de méritos muy problemáticos que han debido sus ascensos por elección á las recomendaciones. Algunos hasta se vanaglorian de ello; sus jefes lo saben, y sus compañeros no lo ignoran; pero ninguno lo reprueba, antes bien se les envidia, considerándolos como hombres de suerte, y su proceder como natural.»

Que Dieu vos préserve du choix, dijeron en cierta ocasión en Francia á un distinguido jefe de artillería de nuestro ejército; esta frase es la más completa apología del sistema de elección.

Però huyendo de este escollo, hemos ido á embarrancar en otro, el de la *antigüedad*, pues si bien es cierto que á continuación se ha añadido siempre *sin defectos*, esta segunda parte no ha regido. La *antigüedad escueta* no es más que el manto protector de toda clase de ineptitudes, ineptitud intelectual, ineptitud moral y hasta ineptitud física, y claro es que con ella pueden llegar á la última jerarquía las mayores nulidades.

Bien aplicado el sistema de antigüedad sin defectos, es decir, combinado con la postergación, es una buena base para los ascensos, y en rigor, lo que modernamente se llama *selección* es la misma idea. Uno y otro sistema se basan en la *eliminación* de los ineptos. El sistema de *selección*, que así lo llamaremos para abreviar, evita los inconvenientes de la *antigüedad escueta* y no da lugar á los que caracterizan la *elección*. Por otra parte, en circunstancias normales es difícil conocer las cualidades positivamente extraordinarias de un individuo, y que en realidad le hagan digno de elevarse sobre los demás; en cambio, la ineptitud, debida á escasez de inteligencia unas veces, otras á falta de celo, otras, en fin, á debilidad de carácter, se manifiesta de continuo. Es difícil, en la mayoría de los casos, cuando no se exigen esfuerzos extraordinarios, conocer quien sobresale, sobre todo en los empleos inferiores, pero es fácil conocer al que no sirve. Por esto entendemos que lo primero que debe hacerse para levantar el espíritu militar, y con él el nivel moral del ejército, es entrar resueltamente en el camino del ascenso por *selección*, es decir, por *eliminación*, combinando, como dice muy acertadamente la exposición del Real decreto de 1866 (quizás el mejor articulado que hemos tenido en nuestro país en materia de ascensos), la *antigüedad*, que no lastima ni da lugar á comparaciones, con la *postergación* de los que

por su mala conducta, poco celo é ineptitud no ofrecen garantías para el desempeño de empleos superiores y cuya permanencia en el ejército por tiempo ilimitado es perjudicial.»

Pero para que esto pueda llevarse á cabo, no basta estamparlo en la *Gaceta* y en el *Diario oficial del ministerio de la Guerra*; es preciso, además, ir desterrando una serie de convencionalismos y de costumbres ya arraigadas y perjudiciales: lo que debe penetrar en el ejército no es la letra, sino el espíritu de la disposición. En Alemania la *selección* es en rigor el sistema de ascenso generalmente empleado; el Emperador elige á los que se reputa que reúnen condiciones más recomendables, respetando, en lo posible, la antigüedad. Allí no hay reglamento de ascensos; pero la costumbre se ha impuesto, y hasta ahora no parece que en el ejército alemán haya entrado el nepotismo.

Cuatro enemigos hay que combatir en nuestro ejército para que el ascenso por selección dé los resultados apetecidos: el convencionalismo, el decaimiento de los caracteres, la falta de estímulo al trabajo y la tendencia al individualismo.

Todo oficial tiene su historia que técnicamente se llama *Hoja de servicios*; en ella consta, entre otras muchas cosas que muy bien pudieran suprimirse, la *conceptuación* del oficial: ésta sirve, ó mejor dicho debiera servir, de base para el ascenso; con mediana conceptuación no hay ascenso posible. Pero en realidad, y es sensible decirlo, las conceptuaciones son bastante convencionales y quizás muchos oficiales, de quienes sus jefes y compañeros no tienen particularmente gran concepto, según su hoja de servicios nada dejan que desear, y aun resultan brillantes. Esto es, pues, un mal que hay que corregir y que depende en gran parte del decaimiento de los caracteres.

Claro es que hay oficiales que son personas muy apreciables, y que quizá dedicados á cualquier otra profesión desempeñarían perfectamente su cometido. Es natural que para un jefe resulte sensible estampar en las hojas de servicio de estos individuos conceptuaciones que no han de permitirles el ascenso; pero hay que tener en cuenta que el interés del ejército, y por ende del Estado, está por encima de las conveniencias individuales. Hay muchos deberes penosos de cumplir, pero que se imponen. Por otra parte, las debilidades de carácter, á la corta ó á la larga, producen sus frutos, y son sin duda alguna, causa no pequeña de la decadencia de los pueblos latinos; no hace falta volver los ojos á tiempos muy lejanos, para encontrar sensibles diferencias entre el carácter de los hombres que entonces figuraron y el de los actuales.

«Cuando se examinan, dice Le Bon en la obra ya citada, las causas que han producido sucesivamente la ruina de los pueblos que han figurado en la historia, ya se trate de las persas, ya de los romanos, ó cualquier otro se ve que el factor fundamental de su caída fué siempre un cambio en su constitución mental, resultante del decaimiento de los caracteres. Ni uno solo ha desaparecido por el descenso de su inteligencia.»—B.

ENSEÑANZAS TÉCNICAS

DEDUCIDAS DE LA GUERRA HISPANO AMERICANA

Mucho se ha escrito acerca del desenvolvimiento de la guerra hispano americana, y numerosas, á la par que severas, fueron las críticas dirigidas á entrambas naciones; empero hasta ahora, muy escasas han sido las deducciones y enseñanzas que, de dicha campaña y bajo el punto de vista técnico militar, han llegado hasta nosotros.

Razón es esta última que nos ha impulsado á reunir y condensar varios importantes artículos esparcidos en los más recientes periódicos militares, entre los cuales descuellan: un apreciable estudio de autor anónimo, expuesto en la *Kriegstechnische Zeitschrift* (cuaderno correspondiente á enero), y dos opúsculos publicados en la *Revue maritime* de noviembre y diciembre últimos; el segundo de los cuales no es sino la traducción literal de un informe presentado á su gobierno por un oficial del acorazado *Yowa*.

Rara vez se ha visto seguir con mayor recelo y más viva atención, por parte de los círculos técnico militares, las eventualidades de una guerra como la hispano americana, y más raro aún ha sido el caso de que una guerra moderna (excepción hecha de la de 1870-71) haya conducido á tan importantes consecuencias prácticas. Los Estados Unidos han logrado, de un solo golpe, entrar en el número de las potencias coloniales, y muy en breve figurarán entre las naciones que poseen los mayores ejércitos y las más poderosas flotas destinados á hacer sentir su acción decisiva, lo mismo sobre el comercio universal que en las relaciones internacionales.

Pero no sólo en el campo político, sino también en el militar, esta guerra resultó pródiga en consecuencias y enseñanzas, en lo que concierne á la preparación y desarrollo de la campaña, especialmente en la marítima.

Los dos grandes golpes tácticos, que arrebataron á España toda idea de potencia marítima y la indujeron á la pérdida de su dominio colonial, fueron los combates de Cavite y de Santiago de Cuba. Combates que prueban una vez más cómo las guerras marítimas se resuelven no por la carrera ó el crucero, sino por la acción impetuosa de las escuadras adversarias.

Buques acorazados para el combate naval.—Los elementos más importantes para un combate naval no son los cruceros acorazados, sino los grandes y modernos navíos de guerra protegidos por extensa cintura acorazada, con un desplazamiento mínimo de 8.000 á 9.000 toneladas, armados con potente artillería y, sobre todo, con cañones de tiro rápido, de 12 á 15 centímetros; condiciones que han de integrarse con una gran velocidad y facilidad de maniobra. Mas esto no basta aún; siendo indispensable, frente á la gran eficacia de la artillería de tiro rápido, proteger de un modo adecuado á los sirvientes por medio de placas de blindaje ó de escudos, sin lo cual ocurre que los cañones llegan á permanecer inertes por falta de servicio. Tal sucedió en Santiago, donde se hallaron muchos cañones de los barcos españoles todavía cargados después del combate. Esto prueba la rapidez con que los artilleros fueron puestos fuera de servicio. El desplazamiento de 9.000 toneladas permite se satisfagan todas las condiciones antedichas, así como disponer de un abundante municionamiento, factor muy esencial si se

tiene en cuenta las piezas de tiro rápido. Bajo este punto de vista, los buques españoles eran, con mucho, inferiores á los americanos, ya que mientras cada uno de estos últimos desplazaba más de 9.000 toneladas (el *Yowa*, 11.400 toneladas, y el *Brooklyn* 9.300 toneladas), aquéllos eran, todos, inferiores á dicho límite (el *Vizcaya*, el *Marta Teresa*, y el *Oquendo*, 7.000 toneladas, y el *Cristóbal Colón*, 6.800 toneladas.)

El combate de Santiago demostró que un aumento relativamente pequeño en la capacidad del buque puede acrecentar de un modo sensible su valor de combate; lo cual condena la economía en desplazamiento de los barcos de guerra.

Importancia de una flota auxiliar.—Las numerosas é importantes misiones confiadas á los buques de 2.º orden fueron causa de que éstos estuviesen siempre en movimiento y que prestasen innúmeros servicios.

Los diversos combates navales han demostrado que, en la guerra, es indispensable la formación de una gran flota abastecedora de víveres, municiones y carbón, en vista de que las provisiones se agotaron rápidamente.

Después de cada batalla, los acorazados quedan casi exhaustos de municiones, mientras los hógares parece como que devoran el carbón. Convendrá, asimismo, disponer de una nutrida escuadra de cruceros, para la exploración, y adiestrar seriamente el personal en este género especial de combate. Al comenzar la guerra, Cervera no fué vigilado por los cruceros norteamericanos. La diversión de Sampson hacia San Juan, la inacción de Schley ante Cienfuegos y la incertidumbre de los americanos, por espacio de muchos días, acerca de la situación del enemigo, consecuencias fueron todo ello de la falta de contacto entre las escuadras adversarias y del deficiente servicio de exploración.

Escuadra y baterías de tierra.—Los bombardeos de San Juan y Santiago han probado sucesivamente la poca eficacia de la artillería naval contra las baterías de costa. Ciertamente los fuertes fueron reducidos al silencio; pero esto no fué más que momentáneo, apesar de que los buques se hallaban en las mejores condiciones, disponiendo de 20 cañones contra uno. Las baterías de Santiago están á 60 metros sobre el nivel del mar, lo que hace difícil el batirlas; pero esta misma altura disminuye también la eficacia de su tiro. La primera descarga de Cervera produjo bastante más daño que el que hubiera podido esperarse de los cañones de las baterías de tierra, aun cuando la distancia de los fuertes durante el bombardeo hubiese sido muy inferior á lo que era al iniciarse la batalla, en la que los españoles hicieron un fuego muy bien dirigido (1).

Eficacia de los cañones y de las corazas.—La necesidad de un blindaje fuerte y extenso se reveló por el extraordinario número de balazos reconocidos en los barcos españoles y por los graves daños que originaron. Importa además observar que los cañones de tiro rápido produjeron efectos extraordinarios, como así lo consignó el mismo comodoro Sampson en su informe. Del reconocimiento efectuado en los barcos, una vez terminado el combate, resultó que los daños de mayor consideración producidos en el casco se debían á los cañones de 12 y 15

(1) Esto no prueba sino que probablemente la artillería de costa española no está á la altura de los tiempos.—N. de la Dirección de la *Revista di Artiglieria e Genio*.

centímetros; los proyectiles de calibre inferior no consiguieron sino acribillar las construcciones más ligeras. Las granadas de los cañones americanos fueron las que produjeron mayores efectos en los buques españoles, sin que su carga interior contuviese substancia explosiva alguna especial. Poquísimos fueron los proyectiles que no estallaron durante los bombardeos de San Juan y Santiago.

En la coraza del *Colón* hallóse incrustada la punta de un proyectil de grueso calibre, en tanto que una granada de 30 centímetros reventó con gran estrépito sin producir daño alguno en el buque. El *Viscaya* fué atravesado en su parte no protegida por un grueso proyectil que á su salida destrozó una plancha de hierro batido. El *Yowa* fué alcanzado dos veces hacia la proa en su parte acorazada, á la altura de la línea de flotación, primero por una granada perforante de 15 centímetros, que quedó en el *cofferdam* sin atravesar su pared interna, y después por otro proyectil que abrió, poco más atrás del primero, un boquete de borde limpio, atravesó el *cofferdam*, chocó contra una escotilla y reventó. Los fragmentos penetraron en el depósito de las cadenas, entre las que se detuvieron; á excepción de uno de ellos que, perforando la pared opuesta, fué á chocar contra la base de la torre acorazada. Al parecer, la explosión debió ser débil, tratándose de un proyectil de 30 centímetros.

El *Yowa* fué también blanco de muchos proyectiles de pequeño calibre, dos de los cuales dejaron huella en la bóveda de uno de los cañones de 30 centímetros de popa.

De esta guerra naval se desprende claramente: la gran superioridad del acorazado sobre los demás buques; la gran confianza y fuerza moral que aquéllos infunden en la dotación; y la facilidad en rechazar los ataques de los torpederos.

Proyectoros eléctricos.—Una escuadra vigilante y atenta puede, en efecto, repeler fácilmente los torpederos adversarios. Los americanos bloquearon, por espacio de algunos meses, un puerto en el que había dos torpederos españoles; algunos de sus barcos se mantuvieron á una milla de distancia de la boca del mismo; repetidas veces intentaron los torpederos atacarlos, pero era vano, porque fueron siempre ahuyentados, gracias á la acción de los proyectores. Sin éstos, la escuadra americana no habría podido ciertamente bloquear á los españoles en Santiago. Iluminando cada noche la boca del puerto, haciendo oscilar lentamente los haces luminosos de un extremo al otro de la superficie del mar, nada podía escapar á la vista de los buques en acecho. Los proyectores fueron además utilísimos para señalar á los apuntadores el objetivo á que debían dirigirse. Los haces no eran nunca proyectados sobre barcos de la propia escuadra, á fin de no inspirar dudas en el ánimo de los apuntadores acerca del carácter hostil del buque que se aproximara.

Necesidad de adoptar pólvora sin humo.—Los americanos no emplearon pólvora sin humo.

Durante el combate, una parte de sus baterías fué de tal manera invadida por el humo, que, aun cuando soplaba ligera y oportuna brisa y el enemigo se encontraba á barlovento, hizo que á menudo se retardase el fuego.

Indudablemente el *Colón* habría resultado más castigado si el humo producido en los buques de cabeza por la pequeña artillería de tiro rápido no hubiese impedido apuntarle los cañones de grueso calibre. A excepción de dicho buque, que no poseía cañones de gran calibre, los españoles no emplearon tampoco pólvora sin humo.

Y ya que tratamos de este punto, citaremos, para poner más en evidencia los inconvenientes de la pólvora fumosa, un fragmento del juicio emitido por el testigo ocular Mr. Bennet, ingeniero naval americano, publicado en la *United Service Gazette* del 21 de enero último. Dicho señor afirma que la causa primordial del malestar y disgusto del personal de las máquinas durante el desempeño de su cometido era producido por el humo de la pólvora, que los ventiladores descargaban con gran intensidad en las cámaras de las calderas y de los motores. Este humo producía escozor en los ojos, unido á una fuerte opresión acompañada de tos, siendo los efectos más fuertes abajo, en los locales de las máquinas, que en la proximidad de las piezas, donde el viento lo disipaba al momento.

Cuando por fin el humo se había desvanecido, podían observarse sus huellas sobre todos los objetos en forma de grasa gris jabonosa que en el acto había que quitar, exigiendo una limpia general.

Mr. Bennet manifiesta, además, que la detonación de las piezas, en particular de las próximas á la cabeza de los ventiladores, producía gran estrépito y dolorosa impresión en las cámaras de máquinas, y que la aguda de las piezas de pequeño calibre era más molesta aún que el bronco estampido de los grandes cañones.

Esta guerra ha patentizado la necesidad de que, tanto la dotación afecta al servicio de la artillería cuanto el personal de las máquinas, estén perfectamente instruídos en sus deberes y sepan, además, emplear á la perfección su material. De aquí lo indispensable de un adiestramiento preparatorio muy serio, lo mismo en los ejercicios de tiro que en los náuticos.

Los buques españoles fueron destruídos por el incendio.—Nunca se afirmará bastante la imperiosa necesidad de suprimir la madera en los barcos de guerra, si se quiere evitar incendios. A bordo de los españoles existía poquísimos maderamen; esto no obstante, apenas eran blanco de los proyectiles enemigos, densas columnas de humo se elevaban de sus cubiertas.

Sólo el incendio, producido por la explosión de las granadas, fué lo que dejó fuera de combate al *Marta Teresa*, al *Oquendo* y al *Vizcaya*; en este último, sobre todo, aun cuando se hubiese sofocado el primer incendio, de nada hubiera servido, pues casi al mismo tiempo se iniciaron otros dos, á popa y á proa, que no pudieron dominarse á causa de haber sido destruída la bomba de incendios por los proyectiles disparados contra el barco: razón por la cual la dotación se vió obligada á abandonar la lucha. Ya la guerra chino-japonesa había puesto de manifiesto lo muy perjudicial que resulta el maderamen de los buques, y demostrado, además, que los efectos decisivos fueron siempre debidos á las granadas, que provocaban en ellos el incendio. De seis buques incendiados durante un combate, cinco (dos de ellos japoneses) se vieron obligados á abandonar el campo de la acción.

Es, por lo tanto, necesario proscribir el empleo de la madera en los barcos de guerra, y, por consiguiente, precisa también renunciar al mobiliario y á otros efectos de la misma naturaleza, que deberán substituirse por utensilios análogos de metal.

Traducido de la *Rivista di Artiglieria e Genio*, por

NARCISO MARTÍNEZ ALOY,

Capitán de Infantería.

(Concluirá.)

LA CUESTION DEL DESARME

(Conclusión.)

Es inútil pensar en un desarme universal, concediendo á estas palabras el sentido amplio y absoluto que parecen revestir, ya que el desarme no traería como consecuencia la paz perpetua, pues el concepto de la lucha no desaparecería de la conciencia humana aunque se licenciase á todos los ejércitos y fuesen enajenadas todas las máquinas de guerra. Flota en esto del desarme un fenómeno que no acaba de connaturalizarse y, en verdad, es una anomalía que á todos los Estados no les sea posible subscribir un acuerdo común de tan extraordinario interés, mientras los hombres todos, acarician con fruición ese ideal; pero el individualismo atenúa tanto la fuerza expansiva de sus sentimientos cuando eslabona la cadena social, que se pierde casi por completo; que no de otro modo puede explicarse la causa que arroja al abismo del desdén y del olvido iniciativas dignas de ser anuladas. Por tal manera deben confundirse las aspiraciones individuales en lo que hemos dado en llamar *opinión pública*, que el problema no alcanzaría solución, sin pasar antes por encima de conveniencias muy poderosas y sin arrastrar también, y sin piedad, incalculables intereses históricos; y duda la razón que haya un poder temporal capaz de hacer compatibles las aspiraciones de los pueblos, colocándolas en su justo medio, é igualmente, el ánimo retrocede al abandonar el culto platónico y lanzarse á enfrenar el sentimiento nacional. Desconocemos hasta qué punto puede y debe tolerarse el engrandecimiento y la gloria, pero cualquiera que fuese su desarrollo, siempre resultará peligroso atentar contra ellas, pues el poder nacional, en su más pura concepción, desde su punto de vista más alto, no depende precisamente de la extensión del territorio ni el orgullo de un pueblo se funda sólo en la abundosa posesión de cosas materiales. Tan es así, tan cierto es cuanto acabamos de exponer, que siempre encontrará partidarios la defensa de aquel sentimiento selecto, que en las naciones, lo mismo que en los individuos, llena por sí solo la vida. Si el planeta se dividiese en parcelas inmensas, destinadas al asiento de las distintas nacionalidades ó, si se quiere, de las diversas razas, aunque sólo fuesen los rasgos instintivos de nuestra naturaleza, se rebelarían contra ese género de estacionamiento fatal, como se desbordaron los pueblos del pastoreo y la vida contemplativa de la primera edad del hombre; sólo entonces, y en virtud de la propia ignorancia, surgiría el sentimiento humano en toda su pureza, como brotó entre aquellas tribus, para no perder su esencia, á pesar de la enorme presión del poder intelectual, y confiar á la guerra la resolución de sus litigios ó el poder de sus pretensiones. Quiere decir todo esto que, sobre no haber podido encauzar, desde su origen, las corrientes sociales y mantenerlas en constante estado de paz, menos hacedero resultaría que la humanidad retrocediese á los remotos siglos de su infancia para depurarla y modificar desde sus primitivas rumbadas las tendencias del espíritu colectivo.

Claro es que la Historia ha decretado á veces la desaparición de un pueblo y sólo Dios sabe si tales hechos son ó no justos; no obstante, del mismo modo que el individuo se somete á leyes sociológicas y procura el mejoramiento de la especie, la sociedad en sí tiende también á la perfección, tendencia que se

justifica por los estímulos que inspira la nacionalidad y que todos los hombres y todos los pueblos manifiestan de un modo análogo; en el eterno trabajo del universo, la muerte de un elemento constitutivo no es nunca absoluta, al contrario, responde á un momento calculado y necesario á la vida de un nuevo organismo, que, á su vez, no vive para sí, es decir, con exclusión á toda idea de relación, sino que está ligado á otros por asociación, simultaneidad, y por otras mil causas distintas que forman la naturaleza con todas sus magníficas manifestaciones. Parece lógico suponer que tales leyes sean universales, y, en tal hipótesis, si justo es que el individuo desaparezca cuando su misión esté cumplida, justo es, asimismo, que un pueblo pierda su personalidad jurídica en el instante en que toquen á su fin los designios providenciales.

Asombra en el día la civilización con sus esplendores, deslumbra el progreso material, desde el portento de Marconi, que toca en lo maravilloso, hasta los estremecimientos del infinitésimo sensible que á diario sorprende el espíritu científico, nos consumimos prematuramente bajo la alta tensión de nuestro sistema nervioso y ¿para qué? para que el cerebro, que no paró al ver que podía encadenar el fluido, no acierte hoy, en plena actividad psíquica, con los hilos que, encauzando la fibra delicada del sentimentalismo, haría posible la conquista de la paz, de la paz que dignifica los pueblos y los redime sin esterilizar sus energías. En lo substancial verdaderamente, nada se ha adelantado; la federación propuesta por Kant, idealismo que implica la destrucción de instituciones seculares, provocaría males sin cuento y con seguridad una guerra tremenda, y ¿podríamos ver implantado el derecho positivo, que Martens entreveía, de observar los pueblos, consecuencias filosóficas que él dedujo de los hechos históricos? Jamás la igualdad jurídica podría subsistir entre todos los países, como tampoco prospera, á veces, entre las diversas regiones de una nación; y, por otra parte, el pretendido arbitraje ¿con qué fuerza haría valer el derecho de sus acuerdos? ¿qué queda pues, de las teorías de los tratadistas, que no sea un mero recuerdo? ¿Y qué transcendencia han generado los trabajos del *Instituto de Derecho Internacional*? y finalmente, el Reglamento *para el examen arbitral de las cuestiones internacionales*, ¿ha llegado por ventura á constituir un cuerpo legal, con todo el vigor de las verdaderas leyes positivas?

Además, los frecuentes congresos de paz, celebrados en épocas diferentes, han resultado ineficaces en cuanto á la idea capital que los inspirase, y bien podemos esperar que el actual estado de cosas oponga dificultades insuperables á la realización del noble ideal que persigue el que en estos momentos tiene lugar en La Haya. Poco afecta á la finalidad del problema el carácter de la política europea, que, cuando más, implicaría un peligro para la paz en el viejo continente, mientras que los peligros de la vida social se extienden por todo el mundo; y, hasta que el progreso no se difunda por modo tan alto que sea capaz de garantizar la existencia de una paz adquirida sin los sacrificios á que estamos habituados, poco se podrá medrar por el camino abstracto de la ciencia. La sociedad internacional, que en síntesis viene á satisfacer un movimiento intuitivo de la criatura, solicitada como está por estímulos de índole moral, y, en cuanto al orden material, por necesidades bien caracterizadas y definidas, tiene que vivir siempre, ya que el recuerdo de sus largos siglos de existencia aconseja pensar así y no hay motivo fundado para suponer que no pueda subsistir si-

guiendo el mundo fiel á su tradición, esto es templando sin reposo las armas que en choque inevitable han de esgrimir la concupiscencia y la incompatibilidad de intereses. En esas grandes cosas que no dejan de sorprendernos como contrasentidos grandes, la pequeñez humana se reduce á sus más exiguas proporciones, y no es conseguir poco si por entre la cerrazón densísima atraviesa un rayo de luz, que viene á ser una decepción más ó el origen de una nueva esperanza; ¿pensar ahora en el desarme, cuando Inglaterra y Alemania persiguen el medio de extender sus dominios, abusando de su colosal poder? ¿creer hoy en una próxima y radical solución, siendo así que las naciones pequeñas peligran ante el deseo malamente disimulado por las grandes potencias de robustecerse y constituir potentes núcleos de resistencia? ¿y se quiere hacer posible la instauración de los principios de fraternidad humana, cuando parecen surgir las remembranzas de un pasado batallador y absorbente? ¿y qué supone, después de todo, los propósitos de paz que desde Petersburgo se extienden á Occidente, si en dirección opuesta, los caminos de hierro trasiberiano y trascaspiano pregonarán la influencia rusa hasta morir en las riberas del mar de la China y del golfo Pérsico? ¿y cómo no mostrarnos recelosos, si un nuevo incidente, como el de Fashoda, puede dar al traste con la artificiosa paz europea, al parecer inquebrantable? Es proverbial el contagio del ejemplo, y el inicuo reciente despojo, que no hay para qué citar, lejos de recibir la protesta que entre gentes honradas surgiera la expoliación, ha gozado de la impunidad más completa. ¿Será aquel silencio la consigna de una serie de futuras iniquidades?



Sostenemos la convicción de que el desarme no encierra un concepto absoluto; y así es, en efecto, y el conseguirlo no supone precisamente la desaparición del ejército, porque éste tiene que subsistir, al responder, como responde, á un principio social de incontrastable valor positivo. Si sentimientos é intereses reclaman de consuno una guerra humanitaria y breve, en los casos en que no ha podido evitarse ¿cómo olvidar la alta significación de la guerra armada y el efecto que rinde al Estado, cuya acción aparecería entorpecida sin el concurso de las armas? Ni los grandes intereses materiales, hoy más que nunca elevados al rango de prioridad, ni mucho menos los morales, tan dignos y trascendentes, hallarían medio de desarrollarse sin el amparo y la protección del ejército y ni aun siquiera les sería dado evitar los efectos mortales del aislamiento, más mortales para la prosperidad que para cualquiera otra de las demás condiciones que fijan la personalidad social de un pueblo; las masas formidables de la industria y las innumerables falanges del comercio no podrían mantener las relaciones mercantiles internacionales sin ejércitos de soldados capaces de mantener el respeto mutuo, que es la paz. Mas ¿habrán llegado los ejércitos modernos, con sus exageradas proporciones, al límite de lo posible, pasado el cual, surgirá irremisiblemente la reacción hacia los efectivos moderados del tiempo viejo? y, de no ser así ¿hasta cuándo persistirá el aumento paulatino que, en plena paz, ha elevado á millones el número de los soldados de Europa? No puede, en conciencia, admitirse que las fuerzas militares absorban todas las energías de una nación, pues tal modo de pensar escapará seguramente al espíritu imparcial y

justo que advierte en el equilibrio de todas las tendencias el más firme sostén de la nacionalidad; las necesidades están siempre influidas por una porción de causas, de todos conocidas, y el desatenderlas es estimular las malas pasiones, que hallarían en ello sobrado motivo para surgir; por esa razón, no es fácil comprender el por qué de los desmesurados armamentos de las potencias europeas, que, por otra parte, hacen prodigios de habilidad política, para evitar los riesgos de una guerra; pero si el sostenimiento de la paz es el solo motivo que mueve el crecimiento de ejércitos ya muy numerosos, bien se puede creer que semejante proceder no prevalecerá por mucho tiempo.

Hay que aunar las corrientes, á fin de concretar bien la cuestión y obtener resultados eficaces; y eso, precisamente, es lo difícil de conseguir; creemos, sin embargo, que á la conquista del desarme se llegará por una lenta evolución en costumbres y prácticas sociales, como medio más natural, aunque tales vuelos pudiera adquirir la guerra europea y tan espantosas podrían ser sus consecuencias que, aterrados los gobiernos ante la obra de destrucción, se uniesen guiados por una idea común. Los grandes principios democráticos, y, más que otro alguno el desarme, requieren una educación moral especialísima, sin la que su implantación resultaría deficiente; y si ese trabajo de transformación es perseverante, acabará por fundir la heladora indiferencia y triunfar definitivamente; que triunfos definitivos y solemnes son los que otorga Dios á la perseverancia puesta al servicio de empresas generosas; sí, al fin las tropas combatientes serán reducidas al límite, que una tradición larga y gloriosa hizo posible, y con ello ganarán: el arte de la guerra, que no se verá ya en el caso de barajar millones de hombres, las naciones, al no sentir el ahogo de gastos tan considerables, y, en fin, los propios ejércitos, que resultarán mejor atendidos. La necesidad nos condujo á los armamentos actuales, y la necesidad nos conducirá á la reducción de los contingentes armados; es cuestión de época tan sólo; pues compréndese muy luego que el tantas veces citado aumento tendrá una limitación, que las circunstancias, más pronto ó más tarde, han de imponer y quizás cuando las futuras guerras, con las tremendas crisis que procurarán, hagan patentes las escasas condiciones de resistencia de los grandes ejércitos. Conviene no echar en olvido que, si la realidad ha de colocar á la guerra tan fuera de una sublimidad especulativa como distante de su primitiva y ruda condición, es preciso que los elementos armados permanentemente, sin ser excesivos, sean germen fecundo de previsión; sin esta última cualidad, todo esfuerzo resultará inútil, y no olvidemos tampoco que los cambios de fisonomía que el tiempo ha operado en la sociedad han influido también en el carácter de la guerra, y ese hecho innegable constituye un armamento poderoso en favor del desarme, mejor dicho, de la reducción de los ejércitos; pues al subyugar la asociación á la individualidad del hombre, encerrándola en ciertos límites y acomodándola á exigencias sociales cada vez más poderosas, la ha despojado de todo aquello que pudiera ser refractario á la aspiración común, y de este modo las manifestaciones colectivas, como resultado que son de una educación más selecta, se dirigen á la paz, aunque las tendencias individuales sean siempre belicosas.

Por fortuna, y grande, los pueblos modernos van aprendiendo á deducir en vez de deslumbrarse con el falso relampaguear de la fantasía, y esto hará que la cuestión del desarme adquiera cuerpo en la conciencia humana, y, como tantos

otros principios políticos y sociales, triunfe primero, y se connaturalice después, con las generaciones venideras. Mejor que el Derecho Internacional, podrían el sacerdote y el maestro de escuela resolver ese gran problema; más oportunos que los eufemismos de los tratadistas, serían el altruismo y la ejemplaridad de los grandes para con los humildes; y, desde luego, más sincera y amiga de la paz que el equilibrio europeo, la unión de las naciones pequeñas, destinadas á un sacrificio muy probable; pero ¿prosperarán las ideas que sin llegar á satisfacer la eterna sed de justicia han de considerar la guerra como hecho eminente, circunstancial, y raro?... Dios lo quiera!

FRANCISCO RODRÍGUEZ LANDEYRA,
Capitán de Infantería.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

CUERPOS DE PRÁCTICOS DEL EJÉRCITO, por don Antonio Martín Torrente, capitán de artillería.—Madrid, 1898.—Un folleto de 25 páginas, publicación del *Memorial de Artillería*.

Trata su autor, en este folleto, de la organización del personal subalterno en los diversos cuerpos del ejército, que viene á ser como intermediario entre el técnico, constituido por el cuerpo de oficiales, y el de ejecución, formado por la tropa y obreros pertenecientes á los diversos organismos y servicios militares. Opina el autor que este personal subalterno, pudiera estar agrupado bajo la denominación genérica de *Cuerpos prácticos del ejército*, teniendo cabida en ella los cuerpos de *prácticos de Ingenieros, de Artillería, del Estado Mayor, de la Intendencia, de la Intervención, de Sanidad Militar y de Veterinaria*, cada uno de ellos con vida independiente, aunque basados en análogos principios esenciales.

El estudio del capitán Martín Torrente es digno del mayor encomio, siquiera no sea fácil tarea la de poner de acuerdo tantas tendencias y condiciones especiales como existen en la numerosa agrupación de los cuerpos del ejército, que llama de *Prácticos*.

EL MUNICIONAMIENTO DE LA INFANTERÍA EN EL COMBATE MODERNO, por don Eduardo Gallego Ramos, capitán de ingenieros.—Madrid, 1899.—Un folleto de 62 páginas y algunas figuras intercaladas.—Publicación de la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*.

LIGERA IDEA DE LAS CAMPAÑAS SOSTENIDAS EN MINDANAO DURANTE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA, por el mismo autor.—Madrid, 1899.—Un folleto de 34 páginas, publicación de los *Estudios militares*.

En el primero de los folletos cuyo título encabeza estas líneas, el capitán Gallego estudia uno de los problemas más interesantes que se relacionan con el combate. El colosal gasto de municiones, que es consecuencia lógica de las condiciones del fusil, puede poner á una tropa en grave apuro, si no se atiende á reponer continuamente la cartuchería consumida. Analizar los medios más ade-

cuados para reemplazar las municiones gastadas, y discutir las ventajas é inconvenientes de las distintas soluciones propuestas es, sin duda alguna, hacer mucho para llegar á establecer el servicio del municionamiento, en el combate, en condiciones aceptables. Tal estudio tiene sobre todo interés en nuestro país, en el que tales problemas, como todos los que tienden á preparar la guerra en la paz, están fatalmente condenados á quedar sin solución definitiva.

El autor principia su estudio haciendo ligera historia del armamento de la infantería; analiza la importancia del fuego de la fusilería, demostrando su preponderancia sobre el efecto de las armas blancas, se hace cargo del consumo enorme de municiones en el combate, y, después de reseñar algo de lo que se refiere al fuego á gran distancia, al tiro directo y de sumersión y á la disciplina de los fuegos, entra de lleno en el estudio del *municionamiento*. El reemplazo de las municiones se funda en el principio de *escalonar* la cartuchería de que se dispone, situandola á distancias progresivas de las tropas que han de combatir. El autor describe los diversos escalones de municiones (campo de batalla, parque de municiones de cuerpo de ejército, grandes parques del ejército), examinando los sistemas adoptados en varios países para organizar dichos escalones. El interesante trabajo del capitán Gallego termina con una descripción de los medios empleados para el municionamiento en la campaña de Cavite; constituyendo, en resumen, el folleto á que nos referimos un estudio valioso, mucho más si se tiene en cuenta que en nuestro país está por hacer, de un modo práctico y formal, según ya hemos indicado, todo lo relativo al reemplazo de las municiones de infantería.

El segundo folleto del mismo autor, está destinado á reseñar someramente la historia militar de la dominación española en Mindanao, durante los cinco siglos que casi ha durado esta dominación. «Perdida ya nuestra soberanía en el archipiélago filipino,—dice el autor con grande acierto,—no nos parece oportuno hacer un estudio detallado de las mencionadas campañas, proponiéndonos tan sólo dar de ellas una idea tan ligera como nos sea posible, para demostrar lo mucho que ha costado á España la posesión *nominal* de la extensa isla de Mindanao, en la que tanta sangre y dinero se han malgastado, sin que de estos sacrificios se haya obtenido la menor ventaja...»

Relata el autor el descubrimiento de la isla (1521), por Magallanes; la campaña del general Corcuera (1637), del general Monarts (1639), expedición de Estrybar (1658), el abandono de Mindanao en 1662, la nueva ocupación en 1718, la campaña del Marqués de la Solana (1851), la del general Terreros (1886-87), la del general Weyler (1891) y la del general Blanco (1894-98). Da pena hacer consideraciones sobre esta *pseudo* soberanía, que ya no existe; y más pena da ver como, después del actual escarmiento, somos lo que éramos... ó peores. Si el relato de tanta desdicha abriera los ojos á alguno, la reseña del capitán Gallego habría tenido el fruto merecido, el que merecen trabajos tan concienzudamente hechos, como los que han dado motivo á estas líneas.

M. R. B.